

DAVID ROAS, *Distorsiones*, Madrid, Páginas de espuma, 2010, 172 págs. (Premio Setenil 2011 al mejor libro de relatos publicado en España).

La realidad y el deseo. O la inevitabilidad y la añoranza. O lo posible o lo imposible. O cualquier otra forma que haya de expresar el conflicto que existe entre un pensamiento racionalista, lógico, escéptico, pragmático y crítico y una imaginación que anhela lo fantástico, lo numinoso, lo indescifrable, lo inútil, lo maravilloso.

Todo el libro gira en torno a esa contradicción. La contradicción en la que se mueve toda una generación enseñada a no soñar, anegada en racionalismo, en escepticismo pragmático, en la duda metódica, que pone bajo la lupa a todos y que no cree en nada o en casi nada, y que, al mismo tiempo y quizás por esa educación recibida, siente en su interior una profunda e invencible nostalgia de la fe: de la fe en lo inexistente, en lo sobrenatural, en lo horrible, en lo extraordinario, en lo macabro, en lo grotesco.

Ante ese contraste el escritor, en este caso David Roas, oscila entre el humorismo, el patetismo y la concesión al ese lado “tenebroso” de nuestra personalidad que desde el fondo de nuestro subconsciente reclama misterio a gritos. Por ello el autor coloca sabiamente al final del libro el último cuento, en que la última frase encierra el contenido del libro: “Pero no ocurre nada. Todo es absolutamente normal. Maldita realidad”

La maldita realidad de ese astronauta, condenado a la eterna frustración, que nunca descendió. La maldita realidad del Ulises de *Elegido para la gloria* que recorre la vida de fracaso en fracaso, sardónicamente arropado por un mundo amable, cariñoso, comprensivo y cómodo. Pero claro, el cariño, la comprensión, la tolerancia no es alimento para esa parte de nuestra cabeza que busca lo fantástico. Esa parte que se engancha, sin razón y sin remedio, a una casa que se ve desde el tren; y que teje, alrededor de esa visión, una fantasía lovecraftiana.

Con respecto al libro anterior, *Horrores cotidianos*, el escritor ha ganado muchos enteros. Hay un mayor interés por narrar, por contar una historia, por contarla como debe ser contada, por servir a la narración. Disminuye el interés por sorprender, el juego que se agota en sí mismo, el epigrama elevado a la categoría de minicuento. Hay más narrador y menos exhibicionista, más creación y menos jugueteo, más sustancia y menos fuegos artificiales.

La tensión entre el racionalismo y la imaginación es hondamente sentida por el escritor, por ello la primera persona es muy frecuente; el autobiografismo es una constante. Muchos de los narradores-protagonistas ostentan atributos propios del autor: el nombre, la actividad literaria, la categoría profesional, una forma de vida. Todos ellos se sienten inmersos en esa contradicción que no acaban de resolver; por ello la ambigüedad da vueltas siempre alrededor de la interpretación de los relatos, ambigüedad que no es voluntad del autor resolver. En muchas ocasiones acude a la mente aquella definición que Jorge Luis Borges hizo de su celebre cuento *El sur* “Es posible leerlo como directa narración de hechos novelescos o quizás de otro modo”.

Los personajes, en muchos casos narradores de estos relatos, tienen también otra característica común con el autor: son seres culturales. Para ellos la experiencia vivida no tiene más importancia, sino la misma que la experiencia leída (literatura), contemplada (cine, teatro), oída (música). O por mejor decir: literatura, cine, música, son algunas de las experiencias vitales que han conformado su personalidad y que forman parte de su vida.

Ese autobiografismo en un autor que, como sus personajes, es un ser cultural, producto de una determinada cultura, de una forma de ver, leer, sentir, pensar y hacer; que comparte con sus personajes sus experiencias lectoras, sus intereses vitales, sus actividades, sus referencias culturales, puede llegar en ocasiones a representar un lastre para el desarrollo del narrador que es David Roas. Se diría que el autor, en muchas ocasiones se autolimita, que duda al ponerse en la piel de un personaje diferente, de una sensación diferente de vida, de cambiar de referencias y de contextos vitales, de renunciar a situar su historia en personajes y ambientes que domina y en los que se siente seguro. En suma; de ser capaz de extrañarse de sí mismo y crear un yo ficticio que desarrolle la narración.

Autolimitación negativa y en el fondo inmotivada, y me atrevo a decir, empequeñecedora, pues los mejores relatos de Roas son aquellos en los que el autor renuncia a proyectarse a sí mismo, en los que deja a un lado su personalidad cultural y vital como profesor, crítico y cuentista ultraformado en técnicas narrativas, de lector de múltiples, variadas y bien recordadas lecturas, y deja vía libre al narrador. Es el caso del excelente y subyugante relato *Excepciones* en el que lo maravilloso e inexplicable se convierte al mismo tiempo en algo cotidiano y vulgar, hasta tal punto que no existe explicación a

ellos, como no existe explicación a hechos cotidianos de nuestra existencia. Roas enfoca esta historia desde una perspectiva completamente diferente del resto de relatos y que, por momentos, hace pensar tanto en *El Jarama*, como en *La Autopista del Sur*. Es el caso de *Los caminos del señor*, cuya misma inanidad argumental constituye su mayor atractivo, y que ofrece siempre al lector la esperanza de un final que no llega, dejando ese regusto amargo, y sin embargo adictivo, que nos produce la literatura que nos conmueve y afecta. Es el caso de *Juegos de bebé*, sobresaliente narración en la que el punto de vista lo es todo; algo parecido en muchos aspectos lo había intentado el autor en un libro anterior con *La culpa fue de Jack London*, pero en este relato se ha sabido desprender de la ironía que frenaba el desarrollo narrativo de ese grito de angustia que ignora su propia angustia y que tiene la virtud de irnos presentando de forma paulatina el rostro de la muerte irremediable. O el caso de *Recuento*, en el que la perfección del planteamiento y el desarrollo es total: un inicio que capta nuestra atención y nos engancha a la historia que se va a contar (la soberbia ocurrencia de las lápidas del cementerio), una trama que parece avanzar hacia un determinado final y que sin embargo, a medida que avanza, hace menos importante el final; con una terminación del relato implacablemente lógica, y al mismo tiempo profundamente humana y poética. En narraciones como *Excepciones*, como *Los caminos del señor*, como *Juegos de bebé*, como *Recuento*, cuando el narrador se atreve a desnudarse de sus máscaras, a protegerse en contrafiguras, a prescindir de asideros culturales y literarios, a desarrollar su propia voz sin necesidad de apoyarse en otras, a renunciar al narcisismo cultural y a la exhibición autocomplaciente, cuando, en suma, mira a los demás y deja de mirarse a sí mismo, es donde se encuentran los mejores relatos de Roas.

BORJA RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ
Universidad de Cantabria